

Hannah Arendt, pasajera del siglo XX

Hannah Arendt, passenger of the twentieth century

ALEXANDER MURIEL RESTREPO

Profesor, tiempo completo, Universidad de San Buenaventura, seccional Cali.
Filósofo de la Universidad del Valle. Especialista en Teoría del Conflicto de la
Universidad del Valle. Maestría en Filosofía de la Universidad del Valle.
amuriel@usbcali.edu.co

Resumen

En este escrito se exploran algunos aspectos del pensamiento de Hannah Arendt: en primer lugar su reflexión sobre el mal que representó el horror del Holocausto, con base en el juicio llevado a cabo en Jerusalén en 1961 contra el criminal de guerra nazi Adolf Eichmann. De otra parte, su juicio sobre el totalitarismo, es decir, sobre lo que enuncia como un sorprendente parecido entre los totalitarismos de izquierda y derecha, a pesar de su antagonismo político. Por último, la situación polémica que ha generado su encasillamiento como pensadora conservadora, tendencia que en cierta forma aparece a lo largo de su obra, pero que en aras de su comprensión debe comportar una revisión de lo que en ella significa el término conservadora.

Palabras clave: Totalitarismo, holocausto nazi, conservadurismo, liberalismo, sociedad de masas.

Abstract

In this paper we explore some aspects of Hannah Arendt's thought: First, her reflections on the wickedness manifested in the horror of the Holocaust based on the trial held in Jerusalem in 1961, against the Nazi war criminal Adolf Eichmann.

On the other hand, her view on totalitarianism, i.e. on what she states as a striking similarity between the totalitarianism of the left and that one of the right, despite their political antagonism and finally, the controversial situation generated by her position as a conservative thinker, a trend that may be perceived throughout her work, but in order to understand it, we must review what the term conservative means to her.

Keywords: Totalitarianism, Holocaust, conservativeness, liberalism, mass society.

Fecha de presentación: Junio 4 de 2010

Fecha de aceptación: Junio 11 de 2010

La vida de Hannah Arendt deviene a lo largo de uno de los periodos más dramáticos de la modernidad, en el que se inscriben dos guerras mundiales, la Revolución de Octubre, el ascenso y el clímax del totalitarismo en sus dos vertientes antagónicas, el esplendor y la crisis cíclica del capitalismo, la Guerra Fría..., en fin, las implicaciones transversales tanto en el orden del pensamiento y el espíritu, como en las ciencias, la tecnología y las artes que estos colosales acontecimientos suscitaron.

Nace en Hannover en 1906, en un ambiente acomodado y culto, condiciones propicias para adentrarse, desde muy temprana edad, en la amplia tradición intelectual de la cultura occidental. A lo anterior se sumará su encuentro con Heidegger quien dejará en ella una impronta indeleble, tanto en su vida sentimental como en su vida intelectual. Fruto de este cúmulo de apropiaciones, a partir de los cuales Arendt se revelará aventajada discípula del autor de *Sein und Zeit*, logra, a la edad de 23 años, culminar su doctorado en filosofía en la Universidad de Heidelberg. Su tesis llevará por título "El concepto del amor en San Agustín" y será publicada en 1929.

No obstante, la turbulencia política de la Alemania nazi le obliga a abandonar este ámbito de maduración como mujer y como pensadora. Aquella abrupta ruptura con su raigambre significó un giro de "profunda radicalización

existencial". En 1933 emigra a París, y tras estallar la Segunda Guerra Mundial se embarca definitivamente hacia Estados Unidos, donde obtiene la ciudadanía de ese país en 1951. Fina Birulés asevera que "*...lo que aprendió de este período de refugiada fue la importancia de la contingencia como factor de la historia humana y que todo su pensamiento puede entenderse vinculado a esta idea*" (Birulés, 2000).

Desprendiéndose de las anteriores vicisitudes que rodean su vida de pensadora, de mujer, de judía, no deja de causar admiración la libertad intelectual que desplegó Hannah Arendt; aún perteneciendo, como se constata, a una época en que la polaridad política obligó a tomar partido. O quizás fue precisamente esa radicalidad de un mundo que paulatinamente entró a configurarse en blanco y negro lo que le dio elementos vitales e intelectuales para tomar distancia y ver de esta forma, más nítidamente, los horrores del devenir temprano de ese siglo veinte en el que le correspondió vivir, meditar, actuar.

Ante el Holocausto que paulatinamente iba *cuajando* ella resultaba tan vulnerable como cualquier otra persona. De ahí que tomar distancia fuese tal vez un acto de supervivencia. En efecto, desde aquellos cruciales años veinte su aguda intuición, afinada a la luz de dos vertientes que ella supo asimilar, le hace estar

muy atenta a los acontecimientos pletóricos de historia que a su alrededor van encadenándose.

Ella misma definió aquellas importantes vertientes que marcan su pensamiento político. A la primera denominó «shock filosófico», es decir, su encuentro con la filosofía existencialista de Jaspers, Bultmann y Heidegger. A la par devenía el «shock de la realidad»: la Alemania rendida ante el poder subyugante del movimiento nacionalsocialista y, en general, una época que sucumbe ante el surgimiento del totalitarismo (Arendt, 1997).

Hans Jonas dirá de ella, en un acertado giro figurativo, que fue "*...una pasajera del barco del siglo XX, testigo y víctima de sus violentas sacudidas, amiga de muchos compañeros marcados por el viaje de este buque*". (Birulés, 2000).

En este deambular en medio de acciones y posturas intelectuales en las que "nunca conocerá la moderación", términos con los cuales se referirá a ella François Furet, Arendt erigirá un sendero de construcciones teóricas vigorosas y situaciones vivenciales no exentas del rigor polémico: desde su temprana edad causará cierto escozor y desconcierto aquella estrecha relación (léase idílica) con Heidegger, a quien se le ha objetado su cercanía al nazismo y lo cual él jamás negó, pero tampoco confirmó.

Pero al margen de lo que fuese esta temprana vivencia del amor oscuro –entiéndase inadmisibles para la época y el lugar en que se desarrolla– entre el pensador marcado por el nazismo y la pensadora en ciernes marcada por su origen judío, moverá más a revuelo el ambiente intelectual originado en sus posteriores reflexiones sobre la rica veta de acontecimientos que, en una aceleración del tiempo histórico, pudo asimilar y elaborar en reflexiones originales. Ahí están, cada vez más reivindicadas por la posteridad, sus agudas y audaces percepciones sobre el totalitarismo,

sobre el poder, sobre la revolución, sobre el Holocausto, sobre la condición humana, sobre la democracia, sobre la violencia, etc.

Interesan, en los límites de este escrito, la aproximación a algunos aspectos de su pensamiento, merced a ese rigor polémico en el cual se inscriben: en primer lugar su reflexión sobre el mal que representó el horror del Holocausto con base en el juicio llevado a cabo en Jerusalén en 1961, contra el criminal de guerra nazi Adolf Eichmann. A este juicio asistió en calidad de corresponsal de *The New Yorker*.

De otra parte, es relevante su juicio sobre el totalitarismo, es decir, sobre lo que enuncia como un sorprendente parecido entre los totalitarismos de izquierda y derecha, a pesar de su antagonismo político. Estos eventos son señalados por ella como novedosos en la historia de la humanidad, pero ante ellos se manifiesta igualmente la asombrosa capacidad de los seres humanos para comenzar de nuevo.

En fin, por no volver aún más complejo este excursus por la ancha extensión de su pensamiento, que aquí sólo alcanzará para explorar algunos de sus rasgos políticos, debe decirse que Hannah Arendt ha sido encasillada como pensadora conservadora, tendencia que en cierta forma aparece a lo largo de su obra, pero que en aras de su comprensión, debe comportar una revisión de lo que en ella puede significar el término conservadora.

Permítaseme entonces estrechar el campo de abordaje sobre Arendt en estos tres tópicos arriba señalados.

En primera instancia, a raíz del juicio sobre Eichmann en 1961, llega a unas reflexiones concretas sobre el mal que representó el horror del Holocausto originado en la dominación del totalitarismo Nazi. Dicha dominación crea las condiciones propicias que preparan conjuntamente al "verdugo y a la víctima para funcionar como aparatos de dominación total".

En este análisis explora la intrincada red de mando establecida en el Tercer Reich que en una irrefrenable vorágine genocida conduce a la depuración en los campos de concentración.

Pero más audazmente aún, arguye sobre el papel que desempeñó un grupo específico de víctimas en esta dinámica de la depuración que llevó al suplicio a cerca de diez millones de seres humanos entre judíos, comunistas, gitanos, eslavos, homosexuales y discapacitados. Se refiere al papel de las organizaciones policíacas judías al servicio del nazismo y que tuvieron un papel protagónico en la detección y delación de sus propios congéneres; amén de la acción de prestantes miembros de los Consejos Judíos que en aras de una negociación con el enemigo, en la que resulta la salvación de algún determinado sujeto, se decreta el sacrificio de cientos de seres de su propia comunidad.

La instauración de un mundo en la férula del totalitarismo obedece, pues, a un orden de cosas en el que víctimas y victimarios se van configurando en torno a un rol plagado de actitudes e ineptitudes que permiten los más inimaginables horrores, en mucho y por muchos reivindicables a la luz de ese mundo que se polarizó a ultranza.

Todo esto fue posible por cuanto el totalitarismo, según Arendt, fue llevado a cabo con base en la superficialidad: "El totalitarismo busca, no la dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema en que los hombres sean superfluos" (Arendt, 1998). Así lo constató en su apreciación de Eichmann, un ser sorprendentemente superficial que en la cadena de mando Nazi tuvo cierta prestancia y que en su condición refleja por sí solo la generalidad de ese fenómeno totalitario.

Ante esta condición de lo superfluo, como terreno propicio para la instauración del horror, insiste en su crítica a la ineptitud de los seres

humanos que, aún en tensión con ese orden de cosas, lo permiten y hasta terminan siendo cómplices del mismo. Específicamente es implacable su crítica a la ineptitud de los intelectuales en la amplia acepción del término: académicos y antiacadémicos, conservadores y progresistas. Fina Birulés, citándola, dice lo siguiente: "Nadie puede ser sobornado con tanta facilidad, atemorizado y sometido como los académicos, los escritores, los artistas" (Birulés, 2000).

Nada más vigente que estas contundentes aseveraciones en tiempos en los que el embrujo autoritario sigue desencadenando holocaustos de menor envergadura, pero no por eso menos nefastos para el devenir de los pueblos que aún lo sienten en carne propia, y sin embargo, aspiran a eso que en términos de Hannah Arendt es la aproximación al nacimiento de la libertad. En ella la libertad es una forma esperanzadora en la cual "los hombres, aunque tengan que morir, no han nacido para morir, sino para empezar".

Arendt realiza así un llamado, si se quiere angustioso, a hombres y mujeres para que respondan por sus propios actos y por su presente. Es la reedición misma del llamado kantiano por la actualidad en la que nos ha correspondido vivir y en la que debemos "hacer uso público de la razón". Así, en la configuración del presente es menester tener muy en cuenta esos peligros que Arendt palpó en la década de los sesenta rememorando lo ocurrido a la altura de los años treinta, cuando todo se dio como se dio porque "el problema (en 1933), el verdadero problema personal no fue lo que hicieron nuestros enemigos, sino lo que hicieron nuestros amigos" (Idem).

Lo anterior conecta con un segundo orden de reflexiones arendtianas en el campo mismo del totalitarismo. El *acontecimiento* en sí, el triunfo del nazismo en 1933, pone en marcha

la exigencia de pensar que aparece en toda su obra, según lo afirma Claude Lefort.

Más adelante este mismo autor dice lo siguiente:

"Ningún autor ha señalado con tanto rigor el vínculo entre el pensar y el acontecimiento. En lo desconocido, lo inesperado, en lo que irrumpe en nuestras creencias, en el universo que compartimos con nuestros prójimos, ella ha puesto al descubierto mejor que nadie el lugar mismo donde nace el pensar, la fuerza que engendra el pensamiento" (Idem, p. 132).

Ese nacimiento del pensar en relación con el acontecimiento la lanza a enfrentar lo desconocido en un intento por elevarse sobre los intelectuales de esa época que desfallecen ante el acontecimiento de 1933.

En *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en 1951, Hannah Arendt afirma que tanto la forma del totalitarismo nazi como la del totalitarismo estalinista son esencialmente las mismas, y su característica común más relevante es la absoluta ausencia de moralidad.

Pero específicamente al considerar al totalitarismo nazi, no como un acontecimiento patológico de la historia, sino como un acontecimiento nuevo, se enfrenta a la tarea de descifrarlo. Entre los límites de este ensayo una exposición de la argumentación arendtiana en torno al totalitarismo es muy dispendiosa razón por la cual baste con decir estas líneas generales: en el totalitarismo lo que aparece de novedad es el protagonismo de las masas, hecho significativo de la época contemporánea. A partir de esto es posible distinguir unos rasgos: el primero es que "...en él todo se presenta como político: lo jurídico, lo económico, lo científico, lo pedagógico. De éste se sigue en cierto modo un segundo: el totalitarismo aparece como un régimen en el que todas las cosas se tornan públicas" (Idem, p. 4).

Comoquiera que la soledad es la experiencia sobre la cual se funda el totalitarismo, éste "se aplicará sistemáticamente a la destrucción de la vida privada, al desarraigo del hombre respecto del mundo, a la anulación de su sentido de pertenencia al mundo. A la profundización en la experiencia de la soledad" (Cruz, 2001).

Se entiende de esta forma por qué los seres humanos en medio de esa fragmentación de la realidad llegaron a hacer lo que hicieron, a permitir lo que permitieron, a soportar lo que soportaron. El aislamiento al que llevó el nazismo pudo fijar en los hombres y mujeres de la época una total falta de percepción solidaria ante el prójimo y la ausencia absoluta de apreciación de la propia dignidad humana.

En el terreno político, la acción de masas que aparece en el totalitarismo se hace ver como una pretendida organización de las mismas. En realidad ocurre algo muy diferente. "Lo que define a las masas es precisamente ese ser puro número, mera agregación de personas incapaces de integrarse en ninguna organización basada en el interés común".

(Idem). Manuel Cruz, citando a la propia Hannah Arendt, agrega en este sentido lo siguiente: "Las masas (...) carecen de esa clase específica de diferenciación que se expresa en objetivos limitados y obtenibles" (Idem).

Lo demás, el terror, la mentira, la identificación de control con seguridad y con falta de novedad, etc., es simplemente el efecto de aquella compleja y aciaga lógica del totalitarismo.

En general, la interpretación que del totalitarismo tiene Arendt la hace susceptible de inscribirse en el discurso individualista del liberalismo-conservador, aunque por los

"Nadie puede ser sobornado con tanta facilidad, atemorizado y sometido como los académicos, los escritores, los artistas". (Birulés, 2000).

desarrollos de obras posteriores, como *Sobre la revolución* y *La condición humana*, autores como el propio Manuel Cruz, entre otros, la eximen de esta sospecha.

De cualquier forma, por más que sus conclusiones se enfrenten a otras concepciones, vistas como transformadoras de la historia, como las del marxismo, es viable decir con Habermas que ella fue una convencida demócrata radical. Que en su defensa de la tradición vio precisamente algo que hay que conservar en aras de la preservación de la humanidad, frente a otras formas nuevas que, como el totalitarismo, no siempre significan un avance hacia lo mejor.

Esto nos conecta precisamente con el tercer asunto que en torno a Hannah Arendt se propone en este escrito:

Se ha dicho más arriba que Hannah Arendt ha sido encasillada como pensadora conservadora y que esta tendencia en cierta forma aparece a lo largo de su obra. Margaret Canovan interviene en su defensa partiendo del hecho de que "conservadurismo" significa muchas cosas; por ejemplo, subordinación de la política al dictado del dogmatismo religioso; o la adoración neoliberal al libre mercado que ha estado de manera tan estridente en los partidos conservadores de los últimos tiempos (Birulés, 2000). En suma, lo conservador en Arendt no tiene nada que ver con ese conservadurismo romántico que se levanta contra los cambios propios de la modernidad.

"Bajo su punto de vista, fenómenos tan diversos como el imperialismo, el crecimiento económico, el totalitarismo y la tecnología nuclear ilustran la tendencia perniciosa de los seres humanos en la época moderna a desatar o acelerar los procesos naturales destructivos, en lugar de usar su libertad para limitar esos procesos y proteger de ellos al mundo de la civilización humana". (Idem).

Su conservadurismo tiene que ver entonces con los límites a los procesos naturales y a la *hybris* humana; es decir, a la idea de que la razón y la voluntad del hombre eran lo bastante poderosas como para regenerar la naturaleza humana creando un orden social totalmente nuevo. No obstante, esto último en nada le diferenciaría de ese conservadurismo quietista tipo británico (Burke, Oakeshott, O'Sullivan). Pero más allá de esta situación se levanta lo novedoso de una propuesta que sobre un principio conservador pone su acento en la acción, "en los nuevos comienzos, en la capacidad casi milagrosa del hombre para empezar de nuevo, ¿no deberíamos verla en cambio como una de las más notables defensoras recientes de una política sin límites?" (Idem).

El conservadurismo de Arendt nos hace retornar a lo que ella planteó del totalitarismo como algo nuevo. Canovan nos recuerda que en su ensayo "*Sobre el entendimiento y la política*", Arendt, apoyándose en Montesquieu, subraya sobre la constante fragilidad de las sociedades donde la autoridad de la ley corre el riesgo de derrumbarse, "la gente ha perdido la ciudadanía y las únicas barreras a la perversidad política son las costumbres y las tradiciones" (Idem).

Así pues, entre cuestionada y referenciada, entre ignorada y reivindicada, entre descalificada y afirmada, irguiéndose para constituirse poco a poco en una de las más importantes pensadoras políticas del siglo XX, Hannah Arendt nos ha legado su voz para ser conscientes de los peligros inminentes de un mundo aún no exento de amenazas totalitarias, por más que se arrogue el derecho de ser campo abonado para el avance triunfal de las democracias liberales.

En efecto, en estas décadas posteriores al final de la Guerra Fría, parece asistirse a otra suerte de totalitarismo, más refinado, más sutil; no

por estar exento de campos de concentración y de exterminio, menos despiadado. No por no enclaustrar en oscuras mazmorras de la ignominia menos mutilador de la libertad; aunque creamos percibir dicha libertad en esa indescriptible sensación que da el acceso al consumo de bienes, servicios y placeres.

Lo más aterrador del asunto es que esta forma de totalitarismo ha sido entronizada precisamente en medio de un clima en que con tanta vehemencia ha sido criticada toda forma totalitaria anterior. Ahora bien, frente a ese pregón de las bondades de lo que en sentido hegeliano suena a fin de la historia, se constatan nuevas ineptitudes, nuevas superficialidades que por doquier permiten y propician el avance de lo más depredador y despiadado de la sociedad de mercado. Siguiendo aquí la lógica arendtiana diríamos que lo que más asombrosamente asemeja esta nueva forma totalitaria con las descritas por la pensadora alemana, es su gran ausencia de moralidad.

Pero fue quizás de este orden de cosas que la crítica arendtiana al totalitarismo pretendía advertir. La concepción del segundo nacimiento planteado por ella nos pone en dirección diferente de la crítica de un mundo despiadado para instaurar otro más sutilmente letal; nos pone muy en contravía de cambiar las cosas para que las cosas queden igual. Por el contrario, su voz crítica y vigorosa posiblemente hoy repercutiría contra estas situaciones, en aras de un mundo donde el poder sea la capacidad humana para actuar de manera concertada. Esta capacidad de hacer que significa el poder es por supuesto capacidad de hacer el bien. En otras palabras, una persona tiene *poder* cuando actúa en nombre de un conglomerado de personas; cuando no tiene el consentimiento de éste, la persona deja de tener poder.

Así, recordamos su acción y su pensar vigorosos, como cuando lo hizo contra el capi-

talismo y la burguesía de su tiempo, contra el totalitarismo, contra el horror del Holocausto. Contra los que causan hoy el horror y la dictadura y le dan al mundo ese tinte de la rapacidad, seguramente estaría atenta observando y cuestionando; y, quizás, estaría aunándose a las resistencias que frente a este orden global de tanta parte empiezan a sentirse. Lo haría, así como celebró en su tiempo el radicalismo del movimiento estudiantil de los años sesenta y la revolución como manifestación de la capacidad casi milagrosa de los seres humanos para construir nuevos comienzos.

En fin, frente a toda crítica, frente a toda sospecha, frente a toda sombra en su trayectoria intelectual y existencial, lo más valioso que podamos rescatar del itinerario azaroso de Hannah Arendt es su indeclinable adhesión a la democracia participativa. En aras de su construcción, ese su accionar y compromiso se muestran hoy ejemplares.

Bibliografía

- ARENDR, Hannah (1968). *Entre el pasado y el futuro. Seis ejercicios en el pensamiento político*. Nueva York. Estados Unidos: Editorial Viking Press.
- _____ (1988). *Sobre la revolución*. Madrid, España: Alianza editorial.
- _____ (1973). *Crisis de la República*. Madrid, España: Editorial Taurus.
- _____ (1981). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- _____ (1993). *La condición humana*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- _____ (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- _____ (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona, España: Paidós.

BIRULES, Fina (2000) *Hannah Arendt. El orgullo de pensar*. Barcelona: Gedisa.

COMESAÑA S., Gloria (1995). *Consideraciones críticas en torno al concepto de labor en Hannah Arendt*. Revista de Filosofía. Volumen 21, pp. 115-142.

CRUZ, Manuel (2001). *Introducción a la condición humana de H. Arendt*. Barcelona, España: Paidós.

ESQUIROL, Josep y otros (1994). *En torno a Hannah Arendt*. Madrid, España: Editorial Centro de Estudios Constitucionales.

HABERMAS, Jürgen (1986). *"Hannah Arendt", en Perfiles filosófico-políticos*, Madrid: Taurus.

HOBBS, Thomas (1983). *Leviatán*. Madrid: Editora Nacional.

MONTESQUIEU (1989). *El espíritu de la leyes*. Bogotá: Ediciones universales.

WEBER, Max (1991). *El político y el científico*. Madrid, España: Alianza editorial.

YOUG-BRUEHL, Elisabeth (1993). *Hannah Arendt*. Valencia. Institució Alfons el Magnànim.